

LOS CODICIOSOS BURLADOS

LOS CODICIOSOS BURLADOS

DE LUCAS JUAN SERCAMBI

1347-1424

ADAPTACIÓN TEATRAL

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

1998

LOS CODICIOSOS BURLADOS

PERSONAJES:

PIERO SOROSANZO...70 AÑOS.

LUISA.- SU COCINERA.....65 AÑOS.

LEONARDO DE SIENA...CONDE ARISTÓCRATA...65 AÑOS.

LUDIMILA: HIJA DE PIERO... 30 AÑOS. GOLOSA. GORDA.

FRANCESCO...ESPOSO DE LUDIMILA. FALCO, ALTO, ASCETA.

SIMONA.- HIJA DE PIERO... 40 AÑOS. ENVIDIOSA. TALLA MEDIA.

LUIGI.- ESPOSO DE SIMONA... 43 AÑOS. POLÍTICO.

HONESTA.- HIJA DE PIERO...38 AÑOS. PRESUMIDA. ALTA.

LUDOVICO. ESPOSO DE HONESTA... 40 AÑOS. SUMISO. TÍMIDO.

ESCENOGRAFÍA:

Sala de Piero. Muebles de edad media. Objetos religiosos, escudos, armas. En tres rincones de esta sala se encontrarán al ser iluminadas áreas pequeñas de las casas de las tres hijas. Dos en una sala y otra en el jardín. Sólo existirá un mueble. Un sofá o sillón en las salas y una banca en el jardín. Se iluminarán sólo en el momento necesario. Existe otra pequeña área. Es la biblioteca de Piero. Sólo se ve un cofre grande de madera.

ÉPOCA: EDAD MEDIA.

LUGAR: SIENA, ITALIA.

Al abrirse el telón vemos la sala del viejo Piero. Se encuentran sentadas alrededor de la mesa del centro las tres hijas con sus respectivos esposos. El padre está de pie. Luisa, la sirvienta, les sirve té con una tetera que saca de la chimenea.

SIMONA.- *(A Luisa).* Estuvo deliciosa tu cena. No creo que en todo Siena alguien prepare las pastas igual que tú.

LOS CODICIOSOS BURLADOS

LUDIMILA.- Yo me hubiera comido otros dos platos.

FRANCESCO.- Te comiste tres.

LUISA.- Ya estoy vieja y cansada. Desde que ustedes se casaron y nos quedamos solos el señor y yo, ya nada es igual, creo que hasta se me olvidó cocinar.

HONESTA.- Pues el día de hoy nos has preparado un delicioso banquete. ¿No te parece Ludovico?

LUDOVICO.- Lo que tú digas Honesta, lo que tú digas.

LUIGI.- Un banquete digno de reyes.

FRANCESCO.- (*Viendo a su mujer*). La gula es pecado, uno de los siete capitales. Pero aún así reconozco que las trufas estuvieron exquisitas.

LUDOMILA.- Si dices Francesco lo de la gula por mí estás equivocado. Yo como sólo lo que mi cuerpo me pide.

FRANCESCO.- (*Observándola*). Sí, eso se nota.

PIERO.- Basta de alabar tanto a Luisa, me la van a echar a perder. (*Sonríe a Luisa*). Ya puedes retirarte.

LUISA.- ¿Se les ofrece algo más?

PIERO.- No, gracias, en caso contrario te llamaré.

Sale Luisa. Camina con cierta dificultad. Se lleva la tetera.

HONESTA.- La verdad es que ya no cocina igual que antes.

SIMONA.- La carne estaba un poco cruda.

LUDIMILA.-Y las pastas algo saladas. (*Al Padre*). No sé cómo conservas a esta mujer. Deberías buscarte a una cocinera joven.

SIMONA.- Luisa ya está muy vieja, ya no te sirve.

PIERO.- De eso quería hablarles, Luisa ha estado enferma.

HONESTA.- Y no has podido echarla ¿verdad? No te preocupes, yo lo haré por ti. Mañana mismo te consigo otra sirvienta.

LUDIMILA.- ¿De dónde la vas a sacar? Cada día es más difícil conseguir servicio.

HONESTA.- Mi muchacha tiene una prima en su pueblo; las de allá son honradas y muy trabajadoras. La mía...

LOS CODICIOSOS BURLADOS

PIERO.- Nadie ha pensado en quitar a Luisa. Yo le ordené que se fuera una temporada a descansar con sus familiares al campo pero ella no escuchó mi consejo ni el del médico que hice venir para que la atendiera.

SIMONA.- ¿Hiciste venir a un médico para atender a una criada?

PIERO.- Luisa dijo que sólo se iría de esta casa cuando alguno de los dos esté muerto, ella o yo. Y yo le agradezco todo el fervor con que nos ha servido tantos años. En especial después de la muerte de mi adorada esposa.

HONESTA.- (*Mintiendo*). Sí, yo me acuerdo siempre de mi querida madre. Ayer le llevé flores al panteón.

PIERO.- Su madre las amó entrañablemente. Antes de morir me suplicó que velara por cada una de ustedes y que no permitiera nunca la desunión familiar. Dentro de muy poco tiempo, cuando me reúna con ella, le diré que he cumplido con mi promesa.

LUDIMILA.- No digas eso, padre, tú estás sano y vivirás mucho tiempo todavía.

PIERO.- Tengo setenta años, muchos más de los que pensé vivir.

HONESTA.- Todos esperamos que llegues a los cien. ¿Verdad?

Todos sonrían hipócritamente. Asienten con la cabeza.

PIERO.- De esto no quería hablar. Me preocupa Luisa, no quiero que trabaje tanto. Me da pena verla llegar del mercado cargando esas canastas tan pesadas y después tener que matar las aves, desplumarlas, cocinar. Le ofrecí contratarle una ayudante pero ella rehusó. La tengo que obligar a descansar aunque sea sólo un poco.

LUDIMILA.- ¿Cómo lo vas a lograr? ¿Acaso piensas ir tú al mercado en lugar de ella?

PIERO.- Si tuviera las fuerzas con gusto lo haría.

LUDIMILA.- ¿Entonces?

PIERO.- Tengo una solución.

HONESTA.- ¿Cuál?

PIERO.- Para eso los he reunido este día. Ustedes saben que durante años y años he trabajado hasta el agotamiento para darles a ustedes y a mi adorada esposa todo lo que necesitaron. Ahora están bien casadas y a mí me sobra una cantidad de dinero, no mucho,

LOS CODICIOSOS BURLADOS

unos treinta mil ducados de oro. *(Todos abren los ojos ante esta cantidad)*. Dinero que pensaba dejarles de herencia pero he cambiado de idea.

Todos se miran asustados. Honesta se pone de pie.

HONESTA.- ¿Ya no nos lo vas a dejar?

SIMONA.- No nos digas que se lo vas a dejar a Luisa.

LUDIMILA.- Sería de lo más injusto.

PIERO.- *(Ríe)*. Nunca han sabido escuchar. ¿Me permiten terminar? Dije que cambié de idea y así es. El dinero ya no se los dejaré de herencia, pienso dárselos ahora mismo. Estoy seguro que les servirá más que cuando yo muera.

Todos se emocionan. Se sonríen entre sí.

LUDIMILA.- ¿Nos darás todo?

PIERO.- Sí, sólo pienso quedarme con una pequeña parte para los gastos de la casa, unos tres mil ducados, así que le tocará a cada una de ustedes nueve mil ducados.

Simona se molesta.

SIMONA.- ¿Lo mismo a las tres?

PIERO.- Es lo justo.

HONESTA.- Nueve mil ducados, no sé cómo agradeceréte, padre.

LUDIMILA.- Eres el padre más maravilloso de esta tierra.

PIERO.- Sólo pongo una condición para entregárselos.

SIMONA.- Lo que nos pidas.

LUDIMILA. Estamos para servirte.

HONESTA.- Será lo menos que podemos hacer por ti. Tus palabras serán órdenes para todos. ¿Verdad Ludovico?

LUDOVICO.- Lo que tú digas Honesta, lo que tú digas.

LOS CODICIOSOS BURLADOS

PIERO.- Más que condición es un favor. Ya les dije que no quiero que Luisa trabaje tanto. Lo que pido es que desde mañana y hasta que yo me muera alguna de ustedes me invite todos los días a comer. Es todo lo que deseo y pido.

HONESTA.- (*Hipócrita. Lo misma serán las hermanas*). Padre, eso no necesitabas pedírnoslo. Tú siempre estás invitado a nuestra mesa.

LUDIMILA.- Mi comida no es tan deliciosa como la que te prepara Luisa pero es abundante.

FRANCESCO.- Eso, abundante.

SIMONA.- Me sentiré honrada en compartir mi humilde mesa contigo.

LUIGI.- No se hable más de este asunto. Usted puede ir todos los días a comer con nosotros. No faltaba más.

LUDOVICO.- Perdón, padre mío, si me permite llamarlo así. Usted será nuestro invitado permanente.

FRANCESCO.- Tendría que desafiar a los dos por querer acaparar a nuestro padre común, pues para mí también es como un padre y por lo tanto quiero tenerlo junto a nosotros a la hora de los santos alimentos.

Los seis sonríen ampliamente, hipócritamente.

PIERO.- No deseo disgustos entre ustedes por mi causa. A todos les agradezco su acogida, y para facilitar las cosas me permito ofrecer una solución.

HONESTA.- Di, padre.

PIERO.- Iré a comer durante un mes a casa de cada una de ustedes. ¿Qué les parece?

SIMONA.- Una solución salomónica.

LUDIMILIA.- Yo escojo el primer mes.

HONESTA.- Y yo el segundo.

SIMONA.- (*Sonríe molesta*). Ya no tengo para escoger, a mí me corresponde el tercero.

PIERO.- Ahora iré por el dinero.

LUDIMILA.- Ay papá, no te molestes.

PIERO.- No es molestia, es un gusto. No tardo.

LOS CODICIOSOS BURLADOS

Sale Piero. Las parejas hablan entre sí muy excitadas.

LUIGI.- ¿Cuánto dijo el viejo que nos va a dar?

SIMONA.- Sólo nueve mil ducados.

FRANCESCO.- Ojalá y sean monedas de oro y no de esas de cobre. Yo sé que tu padre tiene más que lo que dijo.

LUDIMILA.- ¿Tú crees?

FRANCESCO.- Estoy seguro.

HONESTA.- Al fin voy a poder comprar vestidos, carruajes...

LUDOVICO.- ¿No sería correcto pedirle menos? Se va a quedar con casi nada.

HONESTA.- ¿Decías, marido mío? ¿Quién te pidió tu opinión y sobre todo decir tonterías?

LUDOVICO.- Yo decía.

HONESTA.- Pues no andes diciendo.

LUDOVICO.- Como tú digas, Honesta, como tú digas.

SIMONA.- Lo primero que voy a hacer es cambiar los muebles de mi casa, todos ya están viejos.

FRANCESCO.- Yo quisiera comprar dos caballos para mi carroza.

LUDIMILA.- Viajaré a Florencia para que los sastres me confeccionen nuevos vestidos. Las sedas de allá son una maravilla.

FRANCESCO.- Además son muy amplias.

LUDIMILA.- ¿Decías adorado Francesco?

FRANCESCO.- Nada, nada.

SIMONA.- Yo me mandaré hacer unas capas de terciopelo y compraré bellos tapices para mi sala.

LUDOVICO.- Voy a comprar varios juegos de arcos y flechas, una catapulta, unos...

HONESTA.- Recuerda que el dinero es mío. ¿Entiendes?

LUDOVICO.- Era sólo una idea.

LUIGI.- Hasta que el viejo soltó el oro.

FRANCISCO.- Lo mejor es que no tendremos que esperar a que se muera.

LUIGI.- Se me hace que es mucho con lo que piensa quedarse. ¿Para qué quiere un anciano como él tres mil ducados? Es una exageración. Les puedo apostar que en el arcón que tiene

LOS CODICIOSOS BURLADOS

en la biblioteca guarda una cantidad mayor de la que nos dijo. Qué casualidad que nos entregue la mayor parte.

SIMONA.- ¿Tú crees?

LUIGI.- Seguro. Tu padre es un viejo avaro. Debe estar pudriéndose en oro.

SIMONA.- Lo que tenga de más tendrá que dejárnoslo en su herencia. Además está esta casa.

HONESTA.- Este vejestorio no vale nada. ¿No ven que está cayéndose de vieja?

LUDOVICO.- Nueve mil ducados no está nada mal.

HONESTA.- ¡Ludovico!

LUDOVICO.- Lo que tú digas, honesta, lo que tú digas.

Entra Piero. Viene cargando tres costales con monedas de oro. Sus yernos se apresuran a ayudarlo. Los colocan sobre la mesa del centro. Piero entrega a cada una de las hijas un costal. Ellas lo besan y le dan las gracias.

TODOS.- Gracias, mil gracias, te lo agradecemos con el corazón, sabremos pagártelo con creces.

Oscuro.

Dos días después. El conde Leonardo visita a Piero en su casa.

PIERO.- Qué gusto de veros.

CONDE LEONARDO.- Dichosos los ojos.

PIERO.- Sentaros, os lo ruego.

CONDE LEONARDO.- Os veo muy contento, de dónde viene tanta felicidad.

PIERO.- Vengo de la casa de mi hija Simona.

CONDE LEONARDO.- He oído que ya no coméis más en vuestra casa, que ahora lo hacéis en compañía de vuestras hijas; por los kilos de más que os noto veo que os tratan muy bien.

PIERO.- No puedo quejarme, mis hijas y mis yernos se desviven por atenderme.

CONDE.- Bien merecido lo tenéis, pocos hombres han sido tan buenos padres como vos.

LOS CODICIOSOS BURLADOS

PIERO.- Os agradezco. ¿Vuestros negocios marchan bien?

CONDE.- Tampoco puedo quejarme, la fortuna siempre me ha sonreído. Lamentablemente yo no tuve hijos como vos. En eso sois mucha más rico que yo.

PIERO.- Es verdad, yo no tengo fortuna, sólo unos cuantos ducados, pero tengo a mis hijas.

CONDE.- Os envidio, pero no todo se puede tener en el mundo. Ahora me marchó, está enfriando la tarde. Si algún día necesitáis algo de mí no tenéis más que pedirlo. Ya sabéis que siempre estoy a vuestras órdenes.

PIERO.- Y yo a la vuestra. Siempre os he considerado mi mejor amigo.

CONDE.- Hasta pronto.

PIERO.- Adiós.

Se dan un corto abrazo. El conde se cubre bien para salir. Sale.

Oscuro.

Se ilumina un rincón que corresponde a la casa de Ludimila. Tocan a la puerta. Ella sale a abrir. Está molesta.

Entra Piero.

PIERO.- Te noto triste o disgustada, hija mía. ¿Puedo saber la causa de tu pesar?

LUDIMILA.- No es nada, un poco de jaqueca.

PIERO.- Es algo más, no trates de engañarme. ¿Acaso has tenido algún disgusto con tu marido por mi culpa? Si es así dímelo con confianza. Sobre todo hoy en que inicio la segunda vuelta en tu casa.

LUDIMILA.- Te digo que no es nada.

PIERO.- ¿Y tu marido? Él siempre es puntual.

LUDIMILA.- Francesco ya comió y se fue, no pudo esperarte, dice que siempre te presentas muy tarde a comer; te suplico de la manera más atenta que llegues más temprano.

PIERO.- Desde mañana estaré al sonar las campanas del medio día. Perdona Ludimila.

Oscuro.

LOS CODICIOSOS BURLADOS

Un mes después. Rincón de la casa de honesta.

PIERO.- Me alegro de volver a tu casa.

HONESTA.- ¿Cómo te fue con mi hermana Ludimila?

PIERO.- Bien.

HONESTA.- De seguro te habrá llenado de pastas y dulces, no sé cómo no se pone a dieta.

A mí me da pena salir con ella a la calle.

PIERO.- La pobre, durante el mes que estuve comiendo con ella no dejó un solo día de tener fuertes dolores de cabeza.

HONESTA.- Ha de ser mal de familia. También yo tengo en este momento una jaqueca terrible, pero yo me sé aguantar.

PIERO.- Si te sientes mal puedo retirarme, no quisiera ser molesto. Además veo que no has puesto la mesa. Ya son más de las doce y esa es la hora que exigía tu hermana.

HONESTA.- Yo nunca te exigiré nada, lo más que haré, es suplicare que no vengas tan temprano. A mi marido le gusta comer tarde, después de las tres, pero si lo deseas te sirvo a ti antes.

PIERO.- Por ningún motivo, ya me adaptaré a su horario.

HONESTA.- Puedes ir al jardín mientras tanto. Yo iré a reposar un poco ya que no aguanto mi cabeza, parece que va a estallar.

PIERO.- Ve hija, ve.

Oscuro.

Un mes después.

Rincón en casa de Simona. Es el jardín. Hay una banca.

SIMONA.- Espero que el aire fresco de este jardín me haga bien, no soporto el fuerte dolor de cabeza.

PIERO.- ¿Tú también sufres de eso?

SIMONA.- ¿Por qué dices también?

LOS CODICIOSOS BURLADOS

PIERO.- Honesta me dijo que puede ser un mal de familia y ahora yo lo confirmo. Lo que me extraña es que nunca antes oí que las tres padecieran de ese mal. Durante todo el mes tu hermana Honesta lo padeció.

SIMONA.- No sé que te habrán dicho mis hermanas ni me interesa. Las dos son unas hipócritas. No me explico cómo les pudiste dar la misma cantidad de dinero que a mí que soy la única que de verdad te quiere y se preocupa por ti. Además ellas son ricas.

PIERO.- Las tres son mis hijas y por lo tanto tienen el mismo derecho.

SIMONA.- Síguelas defendiendo, allá tú. Si supieras lo que dicen; sólo falta que les dejes la casa a ellas.

PIERO.- La casa no será para ninguna de ellas.

SIMONA.- Gracias, padre, yo sabía que algún día reconocerías mi devoción por ti.

PIERO.- Tampoco es para ti, la casa es para Luisa.

SIMONA.- ¿Luisa, la criada?

PIERO.- Sí, es para ella. Me ha servido muchos años. Ella aún no lo sabe.

SIMONA.- Si la sirvienta es más importante que nosotras.

PIERO.- Nunca he dicho tal cosa.

SIMONA.- Y una aquí matándose para prepararte comidas que no le gustan a mi marido. El ya está harto de tus pastas.

PIERO.- Yo nunca he pedido nada especial. Me conformaré con lo que le guste a tu esposo.

Oscuro.

Casa de Piero. Están sentadas las tres parejas. Es de noche. Están encendidas las velas.

LUDIMILA.- Ya no soporto más, no sé en que mala hora acepté que viniera cada mes a mi casa.

SIMONA.- Yo tiemblo cuando se acerca la fecha en que va a ir con nosotros.

HONESTA.- A mí me sucede lo mismo.

FRANCESCO.- Y este tormento va a durar años. El viejo cada vez se ve más sano. Es capaz de enterrarnos a todos nosotros.

LUIGI.- Por lo menos ha aumentado unos diez kilos. Así come. Los ducados que nos dio él se los está comiendo solito.

LOS CODICIOSOS BURLADOS

LUDOVICO.- Yo no veo que coma tanto.

HONESTA.- ¡Ludovico!

LUDOVICO.- Lo que tú digas, Honesta, lo que tú digas.

SIMONA.- Y hay que ver sus modales en la mesa.

FRANCESCO.- Ayer, sin ir más lejos, se puso a sopear con el pan.

HONESTA.- No sé si les ha pasado a ustedes pero cuando le dan esos ataques de tos durante la comida....

LUDIMILA.- Claro que nos ha tocado. Y esa forma de comer tan rápida, parece que le fueran a quitar la comida de enfrente.

SIMONA.- Yo, durante el mes que él va con nosotros no puedo invitar a nadie más. No es posible que alguien le interese su plática. Siempre hablando del pasado.

FRANCESCO.- (*Imitando al suegro*). “¿Se acuerdan cuando fuimos con su madre a Florencia? Casi me muero por comer tantos macarronis...” Y después se pone a hablar horas y más horas de las pinturas y esculturas que vio, como si a nosotros eso nos interesara.

LUIGI.- Debería guardar los recuerdos para él mismo.

HONESTA.- Yo ya tengo un plan para que no vuelva mi casa.

TODOS.- ¿Un plan?

HONESTA.- Escuchen....

Los seis se juntan y hablan en voz baja. Ríen.

SIMONA.- Te felicito hermana.

LUDIMILA.- Nunca pensé que fueras tan lista.

LUIGI.- Felicidades.

Entra Piero. Todos se ponen serios.

PIERO.- ¿De qué hablaban en mi ausencia?

LUDOVICO.- De nada en especial, de lo caro que está la vida. Ningún dinero alcanza.

SIMONA.- Ni el que nos diste.

LOS CODICIOSOS BURLADOS

PIERO.- Sí, todo está más caro.

HONESTA.- Nos vamos.

PIERO.- Pero si aún no platicamos.

HONESTA.- Lo haremos otro día. Te espero mañana para comer. No lo olvides.

PIERO.- Eso nunca lo olvido.

Todos se levantan. Piero los despide. Salen. Piero queda pensativo. Toma un libro y se pone a leer.

Oscuro.

Rincón casa de honesta. Sentado en el sillón come Ludovico. Honesta lo contempla.

HONESTA.- Ya come.

LUDOVICO.- ¿No vamos a esperar a tu padre?

HONESTA.- No hables y come más rápido.

LUDOVICO.- Ay, ay, ya me quemé.

HONESTA.- ¡Estúpido! ¿No viste que la sopa estaba caliente?

LUDOVICO.- Sí, pero me dijiste que comiera rápido.

HONESTA.- No quiero que cuando llegue mi padre vea que ya comimos. Lo haré que espere horas y más horas. Le diré que aún no llegas, cuando se acerque la noche se ira. Mañana haré lo mismo, y pasado mañana. No creo que aguante muchos días sin comer.

LUDOVICO.- (*Atragantándose la comida*). ¿Eso vas a hacer?

HONESTA.- Así aprenderá quién soy yo. Se arrepentirá de haberme dejado lo mismo que a mis hermanas.

LUDOVICO.- Yo creo que...

HONESTA.- ¡Cállate!

Ludovico se calla y se pone a comer a toda velocidad. Parecerá cine mudo.

Oscuro.

LOS CODICIOSOS BURLADOS

Rincón en la sala de Ludimila. Esta se encuentra bordando. De cuando en cuando toma un chocolate que tiene a su lado. El padre de pie la mira hacer.

LUDIMILA.- ¿No quieres sentarte?

PIERO.- Gracias. Estoy cansado. Será porque en estos tres últimos días no he comido.

LUDIMILA.- ¿Acaso estás enfermo?

PIERO.- No, me siento bien.

LUDIMILA.- Me alegro. ¿Y a qué se debe tu agradable visita? Yo te hacía comiendo con mi hermana Honesta.

PIERO.- Ludovico, el esposo de Honesta, ha tenido mucho trabajo los días anteriores y no se ha presentado a la hora de la comida. Tu hermana me ha pedido que lo esperemos para comer juntos, que ella le debe consideración. Yo estoy de acuerdo con ella, así que pasaron las horas y temiendo el frío de la noche tuve que retirarme.

LUDIMILA.- ¿Sin comer?

PIERO.- Sí, ni yo ni tu hermana comimos.

LUDIMILA.- Pobrecito. ¿Un chocolate?

PIERO.- No, gracias, vine a ver si es posible comer con ustedes. Eso si no molesto.

LUDIMILA.- Tú nunca molestas padre, pero ya hemos comido y no sobró nada, no sabes cuanto lo lamento.

PIERO.- No te preocupes hijita, tú no sabías que yo iba a venir. ¿Podré venir mañana?

LUDIMILA.- ¿Mañana? Deja ver. No, desgraciadamente tengo que decirte que no. Francesco y yo estamos invitados toda esta semana a diferentes comidas. De haber sabido que querías venir con nosotros hubiera cancelado todas las invitaciones.

PIERO.- No te preocupes, te lo agradezco de todas maneras.

Oscuro.

Rincón del jardín de Simona. Luigi pasea con Simona.

LUIGI.- ¿No volvió el viejo?

SIMONA.- (*Ríe*) Tres días vino y los tres le dijo la sirvienta que no estábamos. Después, parece que ya entendió; no ha vuelto a ninguna de las tres casas.

LOS CODICIOSOS BURLADOS

LUIGI.- De seguro que ya puso a trabajar a Luisa con todos sus achaques. Qué desquite lo de la casa que le van a dejar.

SIMONA.- Igual de viejos los dos e igual de latosos.

LUIGI.- La gente no debería vivir tantos años.

SIMONA.- Sobre todo si es tan terca como él. ¿Quién crees que nos invitó a cenar mañana a todos?

LUIGI.- ¿Él?

SIMONA.- Sí. De seguro querrá convencernos de que sigamos dándole de comer, pero si no saca otros miles de ducados ni crea. Ya me puse de acuerdo con mis hermanas.

LUIGI.- Nosotros las apoyaremos. No faltaba más.

Oscuro.

Casa de Piero. Éste está leyendo. Entra Luisa con un té.

PIERO.- ¿Cómo van esas reumas?

LUISA.- Cómo quiere que vayan. Mal. A nuestra edad las enfermedades llegan para quedarse.

PIERO.- Ellas y la soledad son nuestras compañeras. Ya ves, yo con tres hijas y estoy tan solo como tú. Es triste llegar a viejo.

LUISA.- Yo no estoy sola, lo tengo a usted y si no fuera por la maldita reuma y que no veo bien, no tendría de qué quejarme. Yo al menos no tengo hijas ingratas, pero ya les llegará a ellas la vejez algún día, si es que viven.

PIERO.- Déjalas en paz. Las tres son jóvenes y quieren vivir su vida. Yo solo soy una molestia para ellas.

LUISA.- Qué molestia ni qué molestia. Si alguien ha sido bueno con ellas ha sido usted. Lo menos que podían esas tres y sus peores es nada...

PIERO.- Te digo que los dejes en paz. Qué hagan su vida, nosotros ya hicimos la nuestra, además, mi mujer y yo, tal vez tengamos un poco o mucho de culpa; siempre las acostumbramos a darles todo y a no pedirles ninguna responsabilidad.

LUISA.- No estamos muertos, seguimos haciendo la vida. El mismo derecho que tiene el niño o el joven de respeto y cariño lo debemos tener nosotros y quizá más.

LOS CODICIOSOS BURLADOS

PIERO.- No somos más que trastes inútiles.

LUISA.- No. Yo o soy ningún traste viejo que se tira a la basura y tampoco soy inútil. Somos inútiles porque los demás así quieren que seamos y sobre todo por que nosotros nos dejamos.

PIERO.- No te sulfures. Acuérdate de tu hígado.

LUISA.- ¡ Al demonio el hígado"! Me indigna la actitud de los jóvenes. Se creen tan importantes, tan sabios y aún se orinan en los pantalones. Si fueran la décima parte de inteligentes de lo que creen, aprovecharían nuestra experiencia y nuestros conocimientos.

PIERO.- ¿ Qué les podemos enseñar? Nada.

LUISA.- ¿Qué no? Yo podría enseñar a varios cientos de jóvenes a cocinar y sobre todo a esas tres ingratas que tiene por hijas. No saben ni hacer un plato de fettuccini.

PIERO.- Eso es verdad. Tú cocinas mil veces mejor que ellas.

LUISA.- ¿Y por qué no vienen a aprender? Por su orgullo. Y usted, con todas sus lecturas y experiencias, a cuántos jóvenes podría aconsejar y transmitirles sus conocimientos.

PIERO.- No les interesa.

LUISA.- Eso es lo que digo. Nada les interesa fuera de las diversiones y el dinero. Lo que manda es el placer.

PIERO.- Algún día les interesará.

LUISA.- Cuando ya no haya nadie que les enseñe. Deberías ser castigados por el desperdicio que hacen al no aprovecharnos.

PIERO.- En eso tienes razón.

LUISA.- Fíjese sólo en sus hijas, Honesta, Ludimila y Simona. A una le interesa solamente comer, a la otra presumir y a la tercera celar a los demás. Esa es la peor, la envidiosa, pero las tres son iguales. Sólo se preocupan de ellas y nada más que de ellas.

PIERO.- No las juzgues tan severamente.

LUISA. Déjeme decirle algo. Si usted no las castiga severamente de alguna manera terminarán destruyéndose entre sí. Se lo dice una vieja que ha vivido.

PIERO.- Yo les he dado todo lo que he tenido. Mis bienes materiales y sobre todo mi amor.

LUISA.- Amor correspondido con desprecio. Si en mis manos estuviera castigar a las tres y a los roñosos de sus maridos...

LOS CODICIOSOS BURLADOS

PIERO.- Tú no puedes hacer nada, pero yo sí. Me has convencido; si por mi debilidad de carácter frente a ellos voy a causar un pleito...

LUISA.- Se pelearán como perros y gatos por lo que usted deje.

PIERO.- Le prometí a mi esposa conseguir la unidad familiar y veo que estoy consiguiendo lo contrario. Si los bienes materiales pueden separarlas...

LUISA.- ¿Qué piensa hacer?

PIERO.- Eso déjalo de mi cuenta. Por lo pronto avisa al Conde Leonardo que haga el favor de venir hoy mismo si le es posible, y si no, le dices que yo iré a buscarlo donde él me indique.

LUISA.- Voy corriendo. O lo que se acerque a eso.

Renqueando sale lo más rápido que puede. Piero sonrío.

PIERO.- Hasta las reumas se te quitaron.

LUISA.- Ahora puedo hasta volar.

Luisa termina por salir. Piero sonrío.

Oscuro.

Dos días después se encuentra Piero leyendo. Luisa introduce al conde Leonardo. Piero se levanta. Se abrazan. Se besan. Se sientan.

PIERO.- Querido conde, lamento mucho molestaros. Le dije a Luisa que fuera por vos pero que no había tanta prisa.

CONDE.- Mis disculpas por no haber venido desde el primer día.

PIERO.- ¿Estáis cómodo? (A Luisa). Prepara una bebidas y nos las traes.

LUISA.- ¿No se les apetece un té calentito y unas ricas galletas de miel que saqué no hace mucho del horno?

PIERO.- Tráenos lo que gustes pero ahora vete, tengo que hablar en secreto con el señor Conde.

Luisa sale.

LOS CODICIOSOS BURLADOS

CONDE.- Estoy para serviros. La verdad que también estoy muerto de curiosidad. En los largos años que hemos sido amigos jamás me habéis pedido un favor.

PIERO.- Quiero pedir de vos un préstamo.

CONDE.- ¿ Un préstamo? Ya os dije que estoy para serviros. ¿Acaso vuestra situación es tan mala?

PIERO.- Necesito que me prestéis cien mil ducados.

CONDE.- (*Escandalizado*). ¿Cien mil ducados? Es una suma verdaderamente grande. No sé si la podré conseguir rápidamente. Y perdonad mi curiosidad. ¿Para qué necesitáis tanto dinero?

PIERO.- Lo necesito sólo durante tres horas, después os lo devolveré, y si hay que pagar algún rédito...

CONDE.- ¿Cien mil ducados por tres horas? La verdad no entiendo. ¿Es una broma que me jugáis para conocer mi capital?

PIERO.- Nada más lejos de mí. Los necesito realmente. Si os es posible hacedme el favor de traerlos mañana en la noche. Después de tres horas podréis venir por ellos.

CONDE.- Sea, aunque sigo sin entender. Los favores deben hacerse a ciegas o ya no son favores.

PIERO.- Os juro que pronto conoceréis el motivo de mi petición.

CONDE.- Me retiro. Si debo tener esa cantidad para mañana ahora mismo tengo que empezar a conseguirla.

Entra Luisa con la charola.

LUISA.- Aquí está el té y las galletas. También traje un anís.

PIERO.- El señor Conde se retira.

LUISA.- ¿Y las galletas?

CONDE.- Otro día con placer me las comeré.

Sale el conde. Luisa está turbada. Piero sonrío.

Oscuro.

LOS CODICIOSOS BURLADOS

Día siguiente de noche. Piero, sus hijas y sus yernos están sentados a la mesa en la misma posición que cuando empezó la obra. Se nota en todos ellos un gran espíritu de solidaridad en contra del padre.

PIERO.- Les agradezco que hayan venido. Yo sé que siempre están muy ocupados con tantas invitaciones o con tanto trabajo, además que la salud de mis tres queridas hijas no es muy buena. A propósito ¿cómo siguen esas jaquecas?

HONESTA.- (*Desafiante al notar la ironía del padre*). Ya me alivié, gracias.

SIMONA.- Yo también.

LUDIMILA.- Y yo igual.

PIERO.- No saben el gusto que me da saber esto.

LUIGI.- ¿A que se debe el gusto de esta agradable reunión?

PIERO.- Es sólo para agradecerles el tiempo que tuvieron a bien invitarme a su mesa. Fue una bella época, pero mis achaques me impiden continuar recorriendo las calles a la hora del sol, del frío o de las lluvias. Por lo que he decidido liberarlos de la tonta promesa que les arranqué hace menos de un año.

FRANCESCO.- Por nosotros puede continuar.

PIERO.- No, es una decisión irrevocable.

Todos suspiran de alivio. Hipócritamente defienden su derecho a invitar.

LUIGI.- Pues le exigiremos que vaya a comer con nosotros. Sólo eso faltaba. Y si le molesta el sol, el frío o la lluvia, yo puedo mandarle mi carroza. Estoy dispuesto a comer a la hora que usted diga.

PIERO.- Te lo agradezco, pero ya dije...

HONESTA.- Por mí puedes regresar a comer desde mañana. Nadie te dijo que no lo hicieras. Tú fuiste el que dejó de ir.

LUDIMILA.- Digo lo mismo.

SIMONA.- Yo también.

FRANCESCO.- Piénselo bien. Con nosotros siempre estará bien acogido.

LOS CODICIOSOS BURLADOS

PIERO.- Lo pensaré. Luisa está decidida a cocinarme todos los días, dice que para ella eso es un placer y no una carga.

HONESTA.- Es tan buena.

LUDIMILA.- En esta época ya no se consiguen mujeres como ella.

PIERO.- Pero pasemos al comedor, la cena ya debe estar lista.

Al levantarse Piero se le cae una pequeña bolsa con monedas de oro. Se riegan éstas en el piso. Todos se apresuran a recogerlas y guardarlas.

PIERO.- Gracias, gracias. Qué tonto soy. Se me olvidó guardar las monedas en el cofre. ¿No les molesta que vaya a hacerlo? No me tardo mucho.

TODOS.- Por supuesto.

PIERO.- Con permiso.

Piero se dirige a la biblioteca dejando a propósito la puerta medio abierta. Se dirige al conde que se encuentra ahí. Sobre el cofre hay grandes pilas de monedas de oro. Todo reluce.

PIERO.- (Al Conde). De prisa, esconderos. Cuando yo salga podéis llevaros todo el oro. Un mozo os ayudará. Mil gracias.

El conde se esconde. Piero deja caer varias monedas al suelo. Se pone a contarlas. En la sala todos están atentos a los sonidos.

HONESTA.- ¿Escucharon?

LUIGI.- Sí, era el sonido de monedas de oro. De gran cantidad de oro. Su sonido es inconfundible.

FRANCESCO.- Tenías razón. El viejo debe estar nadando en oro.

LUDIMILA.- ¿Si nos asomamos? La puerta está mal cerrada.

LUDOVICO.- Vamos.

HONESTA.- (Sentándolo de un jalón). Tú te quedas aquí.

LOS CODICIOSOS BURLADOS

LUDOVICO.- Lo que tú digas, Honesta, lo que tú digas.

El resto va a la puerta. Se asoman jalándose unos a otros para ver mejor. Se escuchan exclamaciones veladas de asombro. Se ilumina la biblioteca. Piero acaba de recoger las monedas que se cayeron. Cuenta los montones en voz alta.

PIERO.- Cinco mil, diez mil, treinta mil, cincuenta mil, sesenta mil, setenta mil, ochenta mil, noventa mil, noventa y cinco mil, noventa y nueve mil, ¡cien mil ducados! ¡No falta ninguno! ¡Gracias sean dadas a Dios!

Piero empieza a guardar todas las monedas en un saco enorme. Al terminar lo mete al cofre. Todos los que estaban espiándolo corren a sus lugares. Piero le hace señas al conde. Éste se asoma.

PIERO.- Ya podéis salir. Os repito mi agradecimiento. Mañana pasaré a daros una explicación.

CONDE.- No lo necesitáis hacer, he comprendido todo. Os felicito.

Los dos se abrazan y se besan. Entra Piero a la sala. Cierra la puerta de la biblioteca.

PIERO.- Pido que me disculpen por la tardanza, pero me puse a contar las monedas y ya saben que uno no tiene tanta memoria y tuve que empezar varias veces.

Todos han sufrido un gran cambio. Se levantan para ayudarlo a sentar. Todos sonríen continuamente sin descansar un minuto. Será como una sonrisa fija.

LUDIMILA.- No te tardaste nada.

PIERO.- Aunque se hubiera tardado. Está en su derecho.

HONESTA.- Nos hubieras pedido que te ayudáramos, para eso estamos.

LUIGI.- Por supuesto que para eso estamos. Usted da una orden y nosotros la cumplimos.

LUDOVICO.- Sólo se tardó quince minutos.

LOS CODICIOSOS BURLADOS

HONESTA.- ¡Ludovico! Sólo fueron quince segundos.

LUDOVICO.- Lo que tú digas, Honesta, lo que tú digas.

PIERO.- Voy a avisar a Luisa que esté preparada para darnos de cenar.

LAS TRES.- Yo voy.

HONESTA.- Tú no te molestes.

SIMONA.- Siéntate y reposa.

LUDIMILA.- Yo serviré la cena.

LUIGI.- Antes de pasar a la mesa quiero ser portavoz de lo que hablamos todos nosotros antes de venir. (*Todos se le quedan viendo*). En efecto, cada uno de nosotros habló del gran amor que tenemos por nuestro padre aquí presente. (*Todos asienten con la cabeza*). Y la preocupación que todos tenemos por su salud. Así que decidimos por unanimidad que no solamente vaya a comer con cada uno de nosotros un mes sino que ese tiempo también viva en nuestras casas. Así que le pido que hoy mismo se instale usted en mi casa. Mi mujer le preparará sus maletas.

LUDIMILA.- Si quieres puedes empezar en la mía.

HONESTA.- O en la mía. Te daremos el mejor cuarto.

PIERO.- Me abruman con tantas gentilezas de su parte, pero no puedo aceptar. No voy a dejar sola a Luisa. Además debe cuidar de mis intereses. No se preocupen por mí, ya les dije que Luisa me atenderá, aunque esté tan enferma.

HONESTA.- Precisamente por eso, no queremos que Luisa trabaje.

LUDIMILA.- Tanto que la queremos.

SIMONA.- Pobrecita.

PIERO.-¿ De verdad quieren ayudarla?

TODOS.- Por supuesto.

PIERO.- Se me ocurre una solución.

TODOS.- ¿Cuál?

PIERO.- No, es una tontería, sería molestarlos mucho.

FRANCESCO.- Lo que nos pida, estamos dispuestos a cumplir.

TODOS.- Haremos lo que se nos pida. Lo juramos.

PIERO.- La verdad que me da mucha pena, pero todo sea por la salud de Luisa...y la mía.

HONESTA.- Te suplico que nos digas lo que desees.

LOS CODICIOSOS BURLADOS

PIERO.- Bien, ya que insisten. Como ni Luisa ni yo podemos estar saliendo a la calle les iba a pedir que todos los días nos traigan la comida. Ustedes son seis y no sería muy difícil, ya que les tocaría casi una vez por semana. *(Todos se miran)*. Bueno, y ya que estamos en el caso de pedir, les suplicaría que la comida me la trajeran a la una en punto, y claro, si no es mucha molestia por supuesto, que nos traigan diferentes platillos a ella y a mí, ya saben que tenemos dietas diferentes. Luisa no puede tomar sal y yo no debo comer carne. *(Todos están mudos)*. ¿Qué piensan de mi proposición? *(Nadie contesta)*. ¿Es mucho verdad? Ya me lo suponía. Olvídenlo, era sólo una sugerencia. Y ahora pasemos a cenar.

HONESTA.- ¿Desde cuándo quisieras que te trajéramos de comer?

PIERO.- Si no les parece mal desde mañana.

SIMONA.- ¿Desde mañana?

PIERO.- Sí. Creo que a esa hora Luigi está desocupado. ¿Podría pedirte a ti que seas el primero querido yerno?

LUIGI.- Por supuesto, no es ninguna molestia.

PIERO.- Al día siguiente seguirá tu esposa, después Francesco y su esposa y por último Ludovico y su mujer. Les ruego que no vayan a llegar tarde. Por mi gastritis.

PIERO.- Y ahora a cenar.

Todos se levantan para ir al comedor. Dan unos cuantos pasos. Simona se detiene. Habla al padre.

SIMONA.- Un momento, por favor.

PIERO.- ¿Qué deseas, hija mía?

SIMONA.- Estoy preocupada, y no es porque me interese particularmente, pero es por ti, por tu seguridad. Sé que en el cofre de la biblioteca guardas monedas de oro.

PIERO.- Sí, unas cuantas, las que me restan de mis tres mil ducados. *(Todos se ven y sonrían en complicidad)*. ¿Por qué lo dices?

SIMONA.- Actualmente hay muchos ladrones, nosotros podríamos guardártelos.

PIERO.- Mi dinero está seguro. El cofre tiene un fuerte candado. No se preocupen, todo lo que tiene ese arcón será para ustedes.

LOS CODICIOSOS BURLADOS

HONESTA.- ¿No digas que ya estás pensando en testamentos? Eso déjalo para otros, tú estás joven.

PIERO.- Ya lo redacté. La casa es para Luisa.

LUDIMILA.- Es muy justo.

PIERO.- Y en cuanto a lo que contiene el cofre todo será para ustedes si llenan unos papeles. Son unas peticiones personales.

HONESTA.- ¿Peticiones o condiciones?

PIERO.- Peticiones. Es una y muy sencilla. Ustedes las pueden cumplir mañana mismo.

SIMONA.-¿ Cuál es?

PIERO.- Que el dinero que les entregué antes, los nueve mil ducados, los repartan entre los pobres. Tú, Simona, lo puedes donar a un hospicio. Tú, Honesta, al asilo de ancianos, y tú, Ludimila, al leprosoario. ¿Les parece bien?

Las tres hermanas se ven entre sí. Ven a sus maridos. Todos asienten pensando en la riqueza.

TODOS.- De acuerdo. Eso íbamos a hacer algún día. Hay tantos pobres a los que ayudar.

PIERO.- Entonces pasemos a cenar. Yo las acompañaré mañana a dejar ese dinero.

Oscuro.

Tres días después. Vemos a Luigi cargando una gran canasta. Viene fatigado. Piero le abre la puerta. Le señala el comedor. Sonríe cuando sale Luigi. Después va a la biblioteca. Abre el cofre. Saca un pequeño bulto con monedas. Las derrama sobre la mesa de centro. Sonríe ampliamente. Las vuelve a guardar. Las guarda nuevamente en el cofre. Va por un papel y una pluma de ave. Escribe.

PIERO.- ¡ Queridas hijas e hijos! En el arcón encontraréis lo que queda de mi fortuna. Poca cosa. Lo que falta se los dejo en amor y en consejos que ya les entregué mientras vivía. Solamente me falta darles uno último. ¡Amad y respetad a los ancianos! Su amantísimo padre. Piero.

LOS CODICIOSOS BURLADOS

Firma. Con arena seca la tinta. Dobla el papel. Va y lo deposita en el arcón. Entra Luisa.

LUISA.- Venga usted a comer. Lo que trajeron está riquísimo. Es calamar en su tinta y ensalada de alcachofas.

PIERO.- Vamos. No sea que se nos enfríe.

Los dos ríen. Salen muy contentos. Pueden murmurar una canción.

FIN

LOS CODICIOSOS BURLADOS

RESUMEN: Un viejo que ha trabajado mucho para mantener a sus tres hijas decide pedirles que le den de comer un mes cada una de ellas ya que su cocinera está vieja y cansada. Para esto les reparte la mayor parte de su tesoro en oro. Las tres dicen que sí. Se llevan el oro. Los primeros meses le dan de comer, después fingen enfermedades y ocupaciones para no cumplir su promesa. Terminan por no darle nada. Él pide a un amigo una gran cantidad de monedas en oro por tres horas. Cita a las hijas con sus maridos a cenar a su casa. Se le caen unas monedas de oro. Pide disculpas. Pide permiso para ir a guardarlas. Deja abierta la puerta. Las hijas ven como cuenta una gran cantidad de dinero. Le ofrecen lo que él quiera, hasta irse a vivir con ellas. El pide que le traigan cada día la comida a su casa y que el dinero que les había dado lo donen a los pobres. En el testamento les deja una pequeña cantidad, que es la que tiene y muchos consejos.

PERSONAJES: 5 HOMBRES, 4 MUÑJERES.

TEATRO PARA NIÑOS